

# Prometeo encadenado

Esquilo



FUNDACIÓN  
*Carlos Slim*

## Prometeo encadenado

Esquilo

Teatro

*Se reconocen los derechos morales de Esquilo.*

*Obra de dominio público.*

*Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.*

*Fundación Carlos Slim*

*Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada*

*C. P. 11529, Ciudad de México. México.*

*contacto@pruebat.org*

Prometeo encadenado



## PERSONAJES DEL DRAMA

FUERZA, esbirro de Zeus  
VIOLENCIA, esbirro de Zeus  
HEFESTO, dios del fuego  
PROMETEO, Titán  
OCÉANO, Titán  
HERMES, dios mensajero  
ÍO, mortal amada por Zeus  
CORO DE OCEÁNIDES, hijas de Océano

La acción, en una montaña de Escitia.

(Salen a escena FUERZA y VIOLENCIA conduciendo al Titán PROMETEO. Les sigue HEFESTO llevando consigo un martillo, cadenas y una cuña. Se dirigen a una enorme roca donde colocan a PROMETEO para que HEFESTO pueda clavarlo en ella).

FUERZA. Al confín de la tierra hemos llegado, a la desierta y desolada Escitia. Hefesto, ahora es tu turno: cumplir debes las órdenes que el Padre te impusiera, amarrar con grilletes irrompibles a este escarpado risco este bandido. Pues tu atributo, el ígneo de la llama fulgor y fuente de las artes todas robó del Cielo y diolo a los mortales. Es justo, pues, que pague este delito. ¡Que aprenda a respetar de Zeus la fuerza, y a poner freno a su filantropía!

HEFESTO. Habéis cumplido ya, Fuerza y Violencia, las órdenes que Zeus os encargara; no hay nada que añadir. Pero yo, en cambio, no tengo corazón para amarrar a un dios, pariente mío, a este peñasco, borrascoso. Mas, ay, he de intentarlo, que es grave desoír la orden paterna.

(A PROMETEO).

Bizarro hijo de Temis consejera, contra mi voluntad, contra la tuya te he de clavar a ese asolado risco con grilletes de bronce indisolubles, do no oirás ni voz ni rostro humano. Aquí, abrasado por la ardiente llama del sol, has de cambiar tu tez rosada. A calmar tu dolor vendrá la noche con su estrellado peplo. Y el rocío que pariera la aurora ha de fundirlo el sol con su calor. Mas para siempre habrá de torturarte el dolor rudo de tu desgracia. ¡Pues aún no ha nacido el que ha sido llamado a liberarte! Con tu amor al mortal, eso ganaste. Tú, un dios, sin arredrarte hacia las iras de los dioses, honraste a los mortales más de lo justo. A cambio, en esta roca, guardia habrás de montar, siempre, en insomnio, de pie, sin doblar la rodilla. En vano te desharás en llantos y gemidos, pues el pecho de Zeus es inflexible. ¡Que todo nuevo rey reina en tirano!

FUERZA. Mas, ¿por qué te retrasas y enterneces? Y, ¿por qué no abominas de este dios, que aborrecen los dioses, el que un día tus fueros entregara a los mortales?

HEFESTO. Fuertes lazos nos unen y es mi amigo.

FUERZA. Pero no obedecer la orden paterna, ¿es acaso posible? ¿No te arredra?

HEFESTO. ¡Tú, siempre un desalmado y sin entrañas!



FUERZA. Lamentarse por él no es un remedio. No te canses en vano, te aconsejo, por algo que no puede aprovecharte.

HEFESTO. ¡Ay, oficio mil veces denostado!

FUERZA. ¿Por qué has de maldecirlo? De tus penas tu oficio no es culpable en modo alguno.

HEFESTO. ¡Así lo hubiese dado a otra persona!

FUERZA. Todo es arduo, menos ser rey de dioses. Que, excepto Zeus, nadie en el mundo es libre.

HEFESTO. Lo sé, y no tengo nada que objetarte.

FUERZA. ¿Por qué, pues, tu retraso a encadenarlo? El Padre puede verte dando largas.

HEFESTO. Puedes ver ya el grillete entre mis manos.

FUERZA. Cíñele, pues, los brazos, y con fuerza clávalo a este peñasco a martillazos.

HEFESTO. (Lo hace). Mi tarea está lista y sin un fallo.

FUERZA. Remacha, aprieta aún más. No has de dejarle que esos lazos afloje; que, en su astucia, puede escapar incluso a lo imposible.

HEFESTO. El codo ha sido atado, y no se suelta.

FUERZA. Pues ata el otro con todas tus fuerzas; que aprenda al fin que, aunque muy listo, es torpe, una vez que con Zeus se le compara.

HEFESTO. Solo él de mi labor protestaría.

FUERZA. Pues clávalo en el pecho la obstinada mandíbula de acero de esta cuña.

HEFESTO. ¡Ay, Prometeo, por tus males lloro!

FUERZA. ¿Vacilas, pues, y de los enemigos de Zeus lástima tienes? Que algún día no tengas que llorar por tu persona.

HEFESTO. (Mirando a PROMETEO). ¡Viendo estoy una escena aterradora!

FUERZA. ¡Viendo estoy que este tipo está pagando la pena por sus actos merecida! Amárrale ya el pecho con cadenas.

HEFESTO. Y ¡qué remedio, pues! No me presiones.

FUERZA. Te azuzo y te amenazo al mismo tiempo. Baja de aquí y apriétale las piernas.

HEFESTO. (Se las aprieta). Hecho está ya, y no con mucho esfuerzo.

FUERZA. Remacha el duro grillo, ahora, con fuerza, que el juez de tu labor es muy severo.

HEFESTO. ¡Qué acordes tu lenguaje y tu figura!

FUERZA. Ablándate, mas no me echas en cara mi propia obstinación y mi fiereza.

HEFESTO. Partamos ya, que espesa red lo cubre.

FUERZA. (A PROMETEO). Puedes hacerte ahora el insolente: roba sus atributos a los dioses y dáselos al hombre. ¿En qué podrían aligerar tu pena los mortales?

Actuaron de forma equivocada los dioses al llamarte Prometeo: que un promotor incluso a ti te falta para poder huir de mi artificio.

(Salen. La escena queda vacía. Solo PROMETEO permanece en ella, atado a la roca. Tras un largo silencio, habla de esta forma).

PROMETEO. ¡Éter divino, raudas brisas, fuentes de los ríos y sonrisa infinita de las olas del mar, Madre de todo! Pero también a ti quiero invocarte, ¡disco del sol, que todo lo contemplas! Miradme: soy un dios y, sin embargo, ¡qué trato he recibido de los dioses!

Mirad con qué torturas desgarrado por un espacio de años infinito, aquí he de padecer tormento horrendo. Tal es el lazo de cadena infame que contra mí inventó el rey de los Dioses. ¡Ay, ay! Por el presente y el futuro mal que me aguarda estoy llorando ahora. ¿Cuándo será el final de mis desdichas?

Pero ¿qué es lo que digo? De antemano bien conozco los males que me esperan: no puede sorprenderme daño alguno. Pues sé del Hado la invencible fuerza, habré de soportarla con paciencia. Pero callar o no estos infortunios no me ha sido otorgado: un don al hombre me ha uncido al duro yugo del destino: Robé del fuego, en una oculta caña, la recóndita fuente que sería maestra de las artes y un recurso para el hombre. Y aquí pago mi culpa clavado y aherrojado a la intemperie.

(Se percibe un rumor a lo lejos).

¿Qué rumor, qué perfume invisible hasta mí va llegando? ¿Viene de un dios, de un hombre, o las dos cosas? ¿Ha acudido a este risco, al fin del mundo a contemplar mis penas?, o, ¿qué quiere? Ved a este dios sin dicha encadenado, ved al rival de Zeus, al que odian cuantos dioses del Rey visitan el palacio, por mi exceso de amor a los mortales. ¡Ay, ay! ¿Qué es el murmullo alado que percibo junto a mí? A este raudo batir de alas va susurrando el aire. ¡Me causa horror cuanto hacia mí se acerca!

CORO. (Viene en un carro alado).

ESTROFA 1.<sup>a</sup> Ningún temor abrigues: amiga es la bandada que a este risco con un ligero porfiar de plumas ha acudido volando. A duras penas el corazón del Padre me he ganado. Veloces me han traído aquí las auras. El eco del acero amartillado penetró hasta el rincón de mi morada y sin calzarme, apenas, al aire me he lanzado en mi alada carroza.

PROMETEO. ¡Ay, ay! Descendientes de Tétide fecunda, ¡oh hijas del Océano, que en su curso sin sueño en torno de la tierra va girando! Miradme y ved con qué

infamantes grillos estoy aquí sujeto en la roca más alta de esta sima, montando, en centinela, una guardia que nadie envidiaría.

CORO.

ANTÍSTROFA 1.<sup>a</sup> Viéndolo estoy. Mis ojos, Prometeo, horrible niebla cubre hermanada con lágrimas, al ver cómo tu cuerpo se marchita clavado en esta roca con estas ultrajantes ligaduras. ¡Se ve que en el Olimpo hay nuevos amos! Con nueva ley Zeus gobierna a su antojo, y ¡a los grandes de ayer ha aniquilado!

PROMETEO. ¡Si me hubiese arrojado bajo la tierra, al menos, en el fondo del Hades que a los muertos acoge, al Tártaro insondable después de haberme atado fuertemente con grillos insolubles! Así, ni un dios, ni nadie, se mofaría ahora de mis cuitas. En cambio, soy juguete de los vientos y el escarnio, infeliz, de mi enemigo.

CORO.

ESTROFA 2.<sup>a</sup> ¿Hay dios tan insensible que pueda disfrutar con tu desgracia? ¿Quién no va a compartir tu sufrimiento, con la excepción de Zeus? Eternamente conservando el rencor en sus entrañas, no deja que su espíritu se pliegue, y tiene sometidos a su arbitrio a los dioses. No calmará sus iras mientras no haya saciado sus entrañas, o hasta que alguno, con astuto golpe, le arrebatase su trono inexpugnable.

PROMETEO. Pues por más que me encuentre aprisionado por tan potentes lazos —yo os lo juro— habrá de suplicarme el dios de dioses que le descubra el nuevo plan, que un día intentará quitarle cetro y trono. Mas, a fe, que ni el dulce encanto de su labia ha de ablandarme ni cederé tampoco a su amenaza. ¡Antes ha de librarme de esos grillos y la pena pagarme de su ultraje!

CORO.

ANTÍSTROFA 2.<sup>a</sup> Tú siempre intransigente y sin ceder jamás en duro trance. Tu lenguaje es osado en demasía. Mas penetrante horror hiende mi entraña, que temo por tu suerte, y me pregunto hasta qué puerto has de arribar un día para ver el final de tu desgracia. Porque es inaccesible, inexorable el corazón del Crónida y su genio.

PROMETEO. Sé que es duro, y que tiene la Justicia en sus manos, pero pienso que ha de mostrarse bondadoso, cuando sufra ese golpe un día. Entonces calmará su ira indomable.

CORIFEEO. Dígnate contestar nuestra pregunta. ¿Por qué delito Zeus te ha aprisionado y te atormenta de este modo infame? Cuéntanos esa historia, si el hacerlo no ha de causarte menoscabo alguno.

PROMETEO. Para mí es doloroso hablarte de ello mas también doloroso me es callarlo. De cualquier forma, hacerlo me es muy duro. Tan pronto hubo estallado entre los dioses el rencor y reinaba la discordia, los unos deseando echar a Crono de su solio y los otros se oponían a que reinara Zeus entre los dioses, yo quise convencer a los Titanes, los vástagos del Cielo y de la Tierra, con mi mejor consejo. Mas no pude. Y, desdeñando mi ingeniosa maña, en su duro talante, por la fuerza esperaban alzarse

con la palma y sin dificultades. Gaya y Temis, mi madre (un ser que tiene muchos nombres) me había ya predicho de qué modo —y no solo una vez— iba a cumplirse el futuro: que no era por la fuerza ni con artes violentas; que la astucia era la sola forma de victoria. Pese a mi explicación, a mis razones, ni siquiera accedieron a mirarme. Estando, pues, las cosas de esta guisa, me pareció que era el mejor remedio a mi madre tomar como aliada y unirme, en actitud bien decidida, a las filas de Zeus, que iba a acogerme. Gracias a mis consejos, el abismo tenebroso del Tártaro hoy oculta al viejo Crono con sus aliados. Y el servicio que un día le prestara con terrible castigo me ha pagado hoy el rey de los dioses del Olimpo. Tal es la servidumbre del tirano: no fiarse jamás de sus amigos. Bien, pues, vuestra pregunta, por qué causa me está ultrajando, paso a contestaros. Cuando el trono del padre hubo ocupado, repartió entre los dioses sus prebendas, a cada cual lo suyo, organizando su imperio así. Mas de los pobres hombres en nada se ocupaba, pues quería aniquilar toda la raza humana y crear una nueva. A estos deseos nadie supo oponerse; yo tan solo tuve el valor de hacerlo, así salvando a los hombres de verse destruidos y de bajar al Hades. Y por ello me veo sometido a estas injurias que si causan dolor al soportarlas provocan compasión al contemplarlas. Y yo que me ablandé por los mortales compasión no logré para mí mismo. Y ahora me somete a este tormento, para Zeus espectáculo infamante.

CORIFEO. Ha de tener el corazón de hierro, y hecho de pedernal, oh Prometeo, quien compasión no sienta por tus penas. Yo misma no quisiera haberlas visto, y, al verlas, el dolor me parte el alma.

PROMETEO. Doy pena a mis amigos, ciertamente.

CORIFEO. Y, ¿no fuiste más lejos en tus actos?

PROMETEO. Evité que los hombres sucumbieran.

CORIFEO. Contra ese mal, ¿qué antídoto encontraste?

PROMETEO. En su alma yo insuflé ciega esperanza.

CORIFEO. ¡Qué gran bien dispensaste a los mortales!

PROMETEO. Pues, además, díles el don del fuego.

CORIFEO. Y ahora, ¿tiene el hombre el rojo fuego?

PROMETEO. Gracias al cual descubrirán las artes.

CORIFEO. Por ese crimen, pues, Zeus te está ahora...

PROMETEO. ... martirizando sin ceder un punto.

CORIFEO. ¿Y no hay fin asignado a tu tormento?

PROMETEO. Tan solo cuando él mismo lo decida.

CORIFEO. ¿Cuándo ha de decidirlo? ¿Hay esperanza? ¿No te das cuenta, acaso, de tu culpa? Decir cuál es tu culpa no me place, y a ti te apena; mas dejemos eso y busca algún remedio a tu desgracia.

PROMETEO. Cuando se es bien ajeno a la desgracia es fácil cosa, a aquel que está sufriendo, ofrecerle consejo y advertencias. Lo sabía muy bien; que yo, a sabiendas, sí, a sabiendas, erré, ¿por qué negarlo? Por salvar al mortal yo me he perdido. Pero yo no podía imaginarme que hubiese de sufrir tales tormentos en escarpada roca, en este monte, en un lugar tan yermo y solitario. No lamentéis, pues, mis presentes males: a tierra descended, y mis futuros tormentos escuchad, porque de todo tengáis noticia cierta. Sí, creedme, creedme, sí: compadecedme, sufro. Pues la desdicha vuela, y sin distingos sobre el hombre se abate, en forma alterna.

CORO. No con disgusto oímos lo que has dicho, Prometeo. Por ello abandonamos con pies veloces el alado carro y el éter sacro, ruta de las aves, para bajar a estos abruptos riscos.

(Aparece OCÉANO montado sobre un carro tirado por una extraña e ingente ave).

OCÉANO. Después de larga jornada, llego hasta ti, Prometeo, montado en alado grifo, que, sin morder freno alguno, acata mi pensamiento. Compasión por tus pesares debes saber que yo siento, que me impulsa el parentesco de la sangre, según creo. Y además del parentesco, a nadie cual a ti aprecio. Y que la verdad te digo, y no hay lisonja en mi lengua, lo vas a saber al punto: dime en qué ayudarte puedo; que nunca dirás que tienes más que Océano fiel amigo.

PROMETEO. ¿Qué es esto? ¿Tú también quieres asistir a mis tormentos? ¿Cómo, dime, abandonando el río a quien das el nombre y las cuevas naturales que tienen techo de roca, a llegar te has atrevido al país que el hierro pare? ¿Acaso a ver mis desdichas y a lamentar mis desgracias compasivo aquí has venido? Contempla, pues, estos grillos: soy el amigo de Zeus, aquel que ayudole un día a establecer su reinado, y ¡a qué penas me condena!

OCÉANO. Te veo, sí, y deseo aconsejarte, aunque eres muy astuto. Prometeo, lo mejor para ti. Piensa en quién eres, y adopta nuevas formas de conducta. Nuevo es también quien reina entre los dioses. Si quieres persistir en la dureza de tu acerada lengua, y le diriges afilados reproches, Zeus podría oír tus amenazas, porque, al cabo, su trono se halla en un lugar más alto. Y entonces pensarás que tus miserias son un juego de niños solamente. Ea, infeliz, olvida tu talante, y busca algún remedio a tus pesares. Acaso pensarás que mis razones son razones de vieja, y anticuadas. Pero eso que te ocurre es solo el fruto de tu altanera lengua, Prometeo. Tú no te humillas ni a los males cedés. Con ello lograrás nuevos castigos. Aprende, pues, de mí, y no perseveres en herir con tu pierna el agujijón. Mira que es duro el nuevo rey, y nadie puede pedirle cuentas de sus actos. Y ahora yo me marcho, y, si es que puedo,

intentaré librarte de tus males. Calma, empero, tus iras y el lenguaje altanero que brota de tus labios. ¿O es que, siendo tan sabio, acaso ignoras que temeraria lengua es castigada?

PROMETEO. ¡Cómo te envidio! Tú participaste conmigo en la ardua empresa, y, sin embargo, hoy te encuentras muy lejos del castigo. ¡Déjame en paz! ¡Olvida tus cuidados! Si, al cabo, no podrías convencerle. Es un ser inflexible. Antes, procura no sufrir ningún daño en tu camino.

OCÉANO. Eres, sin duda, mejor consejero para los otros que para ti mismo. Y me baso en los hechos, no en palabras. Mas no te empeñes en frenar mi ruta. Presumir quiero de que Zeus, un día, tu libertad, al fin, va a concederme.

PROMETEO. Te elogio y nunca cesaré de hacerlo, que buena voluntad jamás te falta. Mas no luches en vano, si es que, acaso, pretendes, en tu afán, salvar mi vida. Que nada has de lograr. Mantente quieto y lejos del asunto; que, aunque sufro, no deseo por ello que otros sufran por mi causa. Asaz ya he lamentado lo de mi hermano Atlante que, en Hesperia, de pie sostiene el peso insoportable del Cielo y de la Tierra con sus hombros. También me mueve a compasión el caso del hijo de la Tierra, aquel que habita los antros de Cilicia, monstruo horrible, Tifón de cien cabezas, por la fuerza domeñado. La guerra hizo a los dioses vertiendo horror de sus terribles fauces. Fiero fulgor brillaba en su mirada cual si por fuerza derribar quisiera el dominio de Zeus. Mas alcanzole el dardo insomne que el Tonante blande, el rayo que desciende desde el cielo, con aliento de fuego; y lo derrumba de aquel lenguaje suyo tan altivo. Herido en plena entraña, hecho cenizas, el trueno aniquiló todas sus fuerzas. Y ahora, fardo inútil e inservible, yace muy cerca del marino estrecho, en la base del Etna aprisionado, en tanto Hefesto ocupa las alturas forjando el hierro. Desde aquí, algún día, ríos de lava irrumpirán, los vastos y extensos campos de Sicilia fértil con sus fauces salvajes devorando. Tal, pues, será la cólera que un día Tifón ha de exhalar con ígneos dardos de tormenta insaciable y espantosa, aún después de que Zeus carbonizara su cuerpo con el rayo. Tú eres sabio y de mí no te falta aprender nada. Salva tu vida como hacerlo sabes. Yo, por mi parte, apuraré la infame suerte que me ha tocado hasta que aplaque Zeus el rencor que ahora le domina.

OCÉANO. ¿Es que ignoras acaso, Prometeo, que el odio es mal que las palabras curan?

PROMETEO. Cuando se ablanda el corazón a tiempo sin violentar el mal que está inflamado.

OCÉANO. ¿Tú crees que es nocivo que alguien trate de cuidarse de ti? Aclara mis dudas.

PROMETEO. Es inútil trabajo y candor vano.

OCÉANO. Déjame padecer esta dolencia; que es ganancia, y no poca, el ser sensato, y parecer, en cambio, un insensato.

PROMETEO. Creerán que tu falta es cosa mía.

OCÉANO. Tus palabras devuélvenme a mi casa.

PROMETEO. Tu compasión puede ganarte el odio...

OCÉANO. ... ¿de aquel que se ha instalado en fuerte trono?

PROMETEO. ¡Guárdate de incurrir en su despecho!

OCÉANO. Buen ejemplo es tu caso, Prometeo.

PROMETEO. Anda, vete y conserva tu talante.

OCÉANO. Me invitas a partir cuando partía. Mi volador cuadrúpedo ya agita con sus alas la ruta de los aires, y ¡con qué gozo va a doblar sus miembros en el cubil que le es tan conocido!

(Se va).

CORO.

ESTROFA 1.<sup>a</sup> Lloro por ti, Prometeo, y por tu infausto destino, mientras, tiernas, mis pupilas un caudal sin cesar vierten, y humedezco mis mejillas con esas húmedas fuentes. Zeus, que reina con sus leyes de forma poco envidiable, ha ostentado a las deidades del pasado fiero lanza.

ANTÍSTROFA 1.<sup>a</sup> Ahora la tierra toda gime en tono lamentable; el honor antiguo y grande que tenían tus hermanos y tú mismo, están llorando (...). Y los hombres que del Asia sagrada la tierra habitan sienten compasión y pena ante ese injusto castigo que las lágrimas provoca.

ESTROFA 2.<sup>a</sup> Igualmente, las doncellas intrépidas combatientes que en la Cólquide residen; y lo mismo el pueblo escita que, en la región más extrema de la tierra está instalado cabe el agua del Meotis.

ANTÍSTROFA 2.<sup>a</sup> De Arabia la flor guerrera que, al pie del Cáucaso monte, construyó su ciudadela tan alta como las nubes; ese ejército esforzado que con sus agudas picas hace resonar el aire.

ESTROFA 3.<sup>a</sup> Tan solo a otro Titán yo he contemplado antes que a ti, con hierros oprimido, Atlas, cuya potencia eternamente y del Cielo la bóveda en sus hombros (...)

ANTÍSTROFA 3.<sup>a</sup> La onda marina sordamente gime al chocar con las otras, y el abismo ruge y la negra sima de la tierra brama furiosa, mientras los veneros y las corrientes de los sacros ríos dejan oír su compasivo llanto.

PROMETEO. (Que ha permanecido largo tiempo en silencio). No penséis que es desdén o que es orgullo lo que cierra mi boca. Es que se angustia mi alma al verme atado de esta guisa. Y, con todo, a ese nuevo soberano, ¿quién, sino yo, facilitole el trono? Mas me callo: sabéis lo que diría. Y ahora oíd las penas de los hombres; cómo les convertí, de tiernos niños que eran, en unos seres racionales, en mis palabras no

tendrá cabida el reproche a los hombres; lo que intento es mostrar la bondad de mis favores: Ante todo, veían, sin ver nada, y oían sin oír; cual vanos sueños, gozaban de una vida dilatada, donde todo ocurría a la ventura: ignoraban las casas de ladrillos, al sol cocidos, la carpintería. Vivían bajo tierra en unas grutas sin sol, como las pródidas hormigas. Ignoraban los signos que revelan cuándo vendrá el invierno y la florida primavera y los frutos del estío. Todo lo hacían sin criterio alguno hasta que, finalmente, de los astros les enseñé a auspicar orto y ocaso. Y el número, el invento más rentable, les descubrí, y la ley de la escritura, recuerdo de las cosas, e instrumento que a las Musas dio origen. Fui el primero que sometió las bestias bajo el yugo, y al arnés; y al jinete esclavizadas las más duras fatigas soportaron en lugar de los hombres. Bajo el carro yo sometí el caballo, humilde al freno, y vana ostentación de la riqueza. Nadie más sino yo el marino buque de alas hechas de lino, descubrió, y que errático el ponto va surcando. Y pese a los inventos que a los hombres un día enseñé yo, infeliz, no tengo medio de sustraerme a mi desgracia.

CORIFEO. Es humillante el mal que ahora padeces, sin saber lo que hacer; andas perdido cual el inepto médico que enferma; desmayas ignorando los remedios con que puede tratarse tu dolencia.

PROMETEO. Aún más te admirarás si el resto escuchas, las artes y recursos que he inventado. Ante todo, cuando alguien enfermaba, no había medio alguno de defensa —ni comida, ni unguento, ni bebida— y morían privados de recursos hasta que yo enseñeles la manera de mezclar los remedios curativos con que todos los males se superan. De la adivinación fijé las normas; fui el primero en saber qué significan los sueños en la vida; los presagios que encierra un son oscuro, y los encuentros, yo les mostré. Y el vuelo de las aves de curvas garras definiles; cuáles indican buen augurio, y las que ocultan un siniestro presagio. La conducta que sigue cada especie: sus amores, sus inquinas y su aparejamiento. La limpidez de las entrañas, cómo ha de ser la tintura de la bilis para ser aceptada por los dioses, y las formas que el lóbulo presenta. Los miembros recubiertos con la grasa y el ancho lomo al fuego consumiendo, enseñé a los mortales el camino hacia un arte difícil. Las señales del fuego, luminosas a sus ojos hice que fueran, hasta entonces ciegos. Pero basta ya de eso. Los recursos ocultos para el hombre bajo tierra —como son bronce y hierro, plata y oro— antes de mí, ¿quién pudo descubrirlos? ¡Nadie que no desee hablar en vano!, lo sé muy bien. En suma, por decirlo todo concisamente en una frase: sabe que el hombre ha conocido todas las artes a través de Prometeo.

CORIFEO. Por servir al mortal más de la cuenta, evita descuidar tu propio caso. Yo espero que, algún día, de estos grillos liberado por fin, no tendrás menos poder del que dispone Zeus ahora.

PROMETEO. El Hado que da a todo cumplimiento no ha decretado aún que esto suceda. Sometido a mil penas y tormentos, más tarde he de escapar de estos grilletes. Que es el sino más fuerte que mis artes.

CORIFEO. ¿Quién es el timonel, pues, del Destino?

PROMETEO. Las tres Moiras, y Erinia rencorosa.

CORIFEO. ¿Así que a Zeus superan en potencia?

PROMETEO. No podrá sustraerse a su destino.

CORIFEO. Si no es reinar, ¿cuál es de Zeus el sino?

PROMETEO. No lo puedes oír: ya más no insistas.

CORIFEO. Es un secreto augusto lo que ocultas.

PROMETEO. Refiérete a otro tema, que no es hora de pregonar lo que ha de estar oculto. Si logro conservar este secreto escaparé a los grillos y a las penas que tanto han humillado a mi persona.

CORO.

ESTROFA 1.<sup>a</sup> Zeus, que lo rige todo, no enfrente su poder contra mi espíritu; no sea yo remisa en acercarme, con sagrados festines y hecatombes, a los dioses, junto al perenne curso de Océano; no peque yo en mi lenguaje, y ¡dure de por siempre sin borrarse jamás lo que yo pido!

ANTÍSTROFA 1.<sup>a</sup> Es dulce, entre serenas esperanzas vivir larga existencia, el corazón nutriendo de iluminado gozo. Mas me lleno de horror cuando te veo desgarrado por esa pena ingente... Sin temblar ante Zeus, por propio impulso, honraste a los mortales, Prometeo, en exceso.

ESTROFA 2.<sup>a</sup> ¿Es favor tu favor? ¡Dímelo, amigo, vamos! ¿Dónde hallarás defensa? ¿Qué ayuda pueden darte los mortales? ¿No has reparado, acaso, en la insegura, débil capacidad de los humanos, a un sueño semejante, a que está sometida la pobre raza humana? No, no; jamás la voluntad terrena podrá violar de Zeus las decisiones.

ANTÍSTROFA 2.<sup>a</sup> Lo he comprendido al punto, al ver tu dura suerte, Prometeo. ¡Oh, qué distante es hoy la melodía que llega a mis oídos de aquella que entonara por tu baño lustral, por tu himeneo el día de tus bodas, cuando con sus presentes a Hesíone, mi hermana, te llevaste para hacerla tu esposa y compañera!

(Entra ÍO, mujer con cuernos en la cabeza. Marcha a saltos, picada por un tábano).

ÍO. ¿Qué tierra es esa? ¿Quién en ella vive? ¿Quién será este que veo aprisionado en un arnés de piedra, del huracán expuesto a los embates? ¿Adonde me ha llevado mi aventura, pobre de mí? Contesta.

(Se agita un poco).

De nuevo el aguijón, de Argos terrígeno el fantasma, infeliz, me está azuzando. Haz que de mí se aleje, madre Tierra, que me lleno de espanto cuando miro a ese boyero de mil ojos. Siempre avanza con su páfida mirada. Ni una vez muerto, el polvo lo ha ocultar. Hurtándose a las sombras, a esta infeliz persigue y por la arena que la orilla cubre hambrienta, la hace caminar errante.

ESTROFA 1.<sup>a</sup> A los compases de sonora flauta recubierta de cera, desgrana una tonada que hipnotiza. ¡Ay de mí, ay de mí, dioses! ¿Adonde me conduce esta carrera y ese lejano error? ¿Qué pecado en mí hallaste, hijo de Crono, para uncirme a este yugo de miserias? ¿Por qué con ese horror que me espolea, pobre loca, infeliz, me martirizas? Abrásame en la llama, sepúltame en la tierra, o entrégame a los monstruos de los mares en pasto convertida. ¡No desdeñes, Señor, mis peticiones! Asaz mi dilatado andar errante me ha trabajado ya. No sé siquiera cómo puedo escapar de mis desdichas ¿No escuchas los acentos de esta joven cornífera mujer?

PROMETEO. ¿No escucharé yo a la joven que de Ínaco ha nacido, y que de amor ha inflamado del Padre Zeus los sentidos? ¿La que ahora se fatiga recorriendo, por la fuerza, ese dilatado curso, blanco del encono de Hera?

ÍO.

ANTÍSTROFA 1.<sup>a</sup> Y tú, ¿cómo es que sabes el nombre de mi padre y lo pronuncias? ¡Contesta ya a esta pobre desgraciada! ¿Quién eres, pues, quién eres, malhadado, que en términos tan claros a esta infeliz saludas, y el nombre sabes de este mal divino que me consume con los aguijones con que me ataca y a vagar me incita? Retozando entre brincos humillantes que al hambre me condenan, héteme junto a ti, víctima de Hera, y de sus planes rencorosos. ¿Quiénes de entre los dioses sufren lo que sufro? ¡Ay, ay! Dime con claridad lo que me espera; qué antídoto, qué ayuda para mi mal existe, si lo sabes, revélame, contesta a esta doncella que triste va vagando por el mundo.

PROMETEO. Te contaré lo que saber deseas muy claramente y sin tejer enigmas, con un lenguaje simple, como es justo hablar a los amigos: estás viendo a Prometeo que al mortal dio el fuego.

ÍO. ¡Oh auxilio universal de los humanos, Prometeo infeliz! ¿Por qué tus males?

PROMETEO. Acabo de llorar mis infortunios.

ÍO. ¿No puedes concederme este servicio?

PROMETEO. Dime cuál es, que todo habrás de oírlo.

ÍO. Dime quién te ha aherrojado en esta roca.

PROMETEO. De Zeus la voluntad, de Hefesto el brazo.

ÍO. ¿Por qué delito has sido castigado?

PROMETEO. Basta con lo que acabo de aclararte.

ÍO. Dime, además, cuándo será que pueda contemplar el final de mi aventura.

PROMETEO. Es mejor ignorarlo que saberlo.

ÍO. No me ocultes las penas que me aguardan.

PROMETEO. No es que quiera negarte ese servicio...

ÍO. ¿Por qué, pues, tu tardanza en revelarlo?

PROMETEO. No es que no quiera, no. Temo afligirte.

ÍO. No te turbes por mí. Será agradable.

PROMETEO. Tendré que hablar si es tu deseo. Escucha.

CORIFEO. Aún no; dame una parte de este gozo. Sepamos, ante todo, su dolencia, que nos cuente ella misma su desgracia. Lo que le queda por sufrir, más tarde que nos sea explicado de tus labios.

PROMETEO. (A Ío). A ti te corresponde complacerlas, Ío, que son hermanas de tu padre. Llorar y lamentar unas desgracias, cuando puede arrancarse alguna lágrima de quien escucha, eso es esfuerzo vano.

ÍO. No sé cómo negarme a vuestro ruego, y, así, con sencillez vais a escucharme todo cuanto queráis, aunque me siento avergonzada de contaros cómo sobre mí se abatió aquella tormenta causada por un dios, mi metamorfosis. De continuo nocturnas pesadillas visitaban mi cuarto de doncella y así me aconsejaban dulcemente: «Muchacha afortunada, ¿a qué conservas tu doncellez durante tanto tiempo, si puedes alcanzar ilustres bodas? Zeus se siente inflamado del deseo de tu beldad y quisiera contigo honrar a Cipris. No rechaces, hija, de Zeus el lecho, no. Vete hacia el prado de Lerna, de alta hierba, a las dehesas y al establo que allí tiene tu padre, y que el ojo de Zeus calme sus ansias».

Y así, noche tras noche, desgraciada, tenía tales sueños, hasta que me atreví a relatarlos a mi padre. A Pitó y a Dodona entonces manda, uno tras otro, muchos mensajeros para pedir al dios qué es lo que debe decir o hacer para ser grato al Cielo. Mas regresaban siempre con oráculos cambiantes y oscuros, enigmáticos. Llegó a Ínaco, por fin, una respuesta clara que le indicaba, y con detalles, que debía expulsarme de mi casa y de mi patria, para que, ya libre, hasta el fin de la tierra fuera errante, si no quería ver el rayo ardiente que envía Zeus caer sobre su casa y aniquilar su estirpe. Obedeciendo de Loxias los oráculos, me expulsa, y, contra mi deseo y contra el suyo, las puertas me cerró, mas le obligaba de Zeus el freno a obrar de esta manera, por la fuerza. Y, al punto, mi figura, y mi espíritu cambian, y, cornuda, tal como veis, mordida por un tábano de agudo diente, en delirante salto, a la bella corriente del Cernea voy, y a la fuente Lerna. Allí un boyero, Argos, hijo de Gaya, me vigila en su humor implacable, y, con mil ojos, va siguiendo mis pasos. De improvisa inesperada muerte le arrebató la vida, y yo, azuzada por el tábano, bajo los golpes de divino azote, de tierra en tierra voy, a la carrera. Ya escuchaste mi caso. Y si te queda por añadir a mis desgracias algo, dímelo ya. Y no quieras confortarme por compasión,

con voces engañosas. Que no hay peste peor, te lo aseguro, que un discurso cargado de aderezos.

CORO. Deja, deja, aparta, ay, ay. Jamás, jamás pensé que tan extrañas historias llegarían a mi oído, que miserias, horrores y desdichas tan duros, tan crueles, con su aguijón de doble filo helaran mi pobre corazón. ¡Ay, el destino, ay, sí, el destino! Al ver la suerte de Ío me horrorizo.

PROMETEO. Muy pronto te estremeces y horrorizas. Espera hasta saber lo que le aguarda.

CORIFEEO. Habla, cuéntame, sí. Para el enfermo dulce es saber el mal que ha de sufrir.

PROMETEO. La primera demanda que me hicisteis la habéis muy fácilmente conseguido. Queríais antes oír de sus labios la historia de sus penas. Bien; ahora, sabréis los sufrimientos que esta joven habrá de padecer por culpa de Hera. Y tú, semilla de Ínaco, conserva lo que voy a decirte en el espíritu, y así sabrás el fin de tus desgracias: desde aquí toma el rumbo de levante y vete a las llanuras que no se aran. Llegarás a los nómadas escitas, que viven en cabañas bien trenzadas, en carros bien rodados, y que blanden arcos de largo alcance. No te acerques, y cruza aquellas tierras, dirigiendo tus pasos a la costa do el mar gime. A la izquierda los cálibes se encuentran, artífices del hierro: has de evitarlos, pues son salvajes y odian al extraño. Y llegarás al río cuyo nombre no engaña, el Orgullosos; no lo cruces (no es fácil de cruzar), hasta que llegues al mismo Cáucaso, el más alto monte do el río exhala su furor, bajando desde sus propias sienas. Traspasando sus cimas, que hasta el cielo se levantan, toma el camino que va al mediodía, siguiendo el cual has de llegar al pueblo de aquellas Amazonas que aborrecen al varón y que, un día, Temiscira fundarán junto al río Termodonte, en donde se halla Salmidesia, la áspera mandíbula del ponto, a los marinos huésped hostil, madrastra de las naves. Ellas tu ruta indicarán, gustosas. Y llegarás al istmo de Cimeria, junto a las puertas mismas de aquel lago: déjalo a un lado, y, con audaz entraña, cruza el canal meótico. A los hombres dejarás, de tu paso, un gran recuerdo y en honor a tu nombre ha de llamarse Bosforo, un día. Deja luego el llano de Europa y llegarás al continente de Asia.

(Pausa).

¿No pensáis, pues, que muy violento se muestra en todo el rey de los Olímpicos? Por querer él, un dios, unirse a esta mortal, le ha impuesto tal carrera errante. Amargo pretendiente has encontrado, muchacha, de tus bodas. Que el relato que acabas de escuchar no está siquiera en sus comienzos.

ÍO. ¡Ay de mí, la pobre!

PROMETEO. ¿Gritas de nuevo y muges? ¿Pues qué harás cuando sepas los males que te esperan?

CORIFEO. ¿Has de contarle aún más sinsabores?

PROMETEO. Todo un mar proceloso de miserias.

ÍO. ¿Para qué, pues, vivir? Mejor sería precipitarme, al punto, de esta roca escarpada y librarme de mis penas estrellándome en ella. Antes la muerte de una vez que ir sufriendo cada día.

PROMETEO. ¡Qué mal soportarías mi destino!, que a mí la muerte no se me concede. ¡Y a fe que fuera el fin de mis pesares! Pero es el caso que, para mis cuitas, no hay término fijado, hasta que llegue el día en el que Zeus pierda su imperio.

ÍO. ¿Es posible que Zeus caiga algún día?

PROMETEO. Te iba a gustar ese desastre, creo.

ÍO. ¿Y cómo no, si soy de Zeus juguete?

PROMETEO. Que ello ha de ser así, tenlo por cierto.

ÍO. ¿Quién ha de arrebatarse el real cetro?

PROMETEO. Él mismo, por sus vanas decisiones.

ÍO. ¿De qué forma? Si no hay peligro, dílo.

PROMETEO. Unas bodas hará que han de pesarle.

ÍO. ¿Humanas o divinas? Di, si puedes.

PROMETEO. ¿Qué bodas, dices? Eso he de callarlo.

ÍO. ¿Ha de ser destronado por su esposa?

PROMETEO. Tendrá un hijo más fuerte que su padre.

ÍO. ¿No hay forma de truncar este destino?

PROMETEO. Solo yo, si me libra de estos lazos.

ÍO. ¿Quién te podrá salvar, si Zeus no quiere?

PROMETEO. Un descendiente tuyo: está fijado.

ÍO. ¿Cómo? ¿Tu salvador, un hijo mío?

PROMETEO. El tercero, tras diez generaciones.

ÍO. ¡Difícil de entender, la profecía!

PROMETEO. Tampoco intentes conocer tu sino.

ÍO. Si me has hecho ya un don, no me lo quites.

PROMETEO. Hay dos relatos: uno te concedo.

ÍO. ¿Cuál? Ponlos ante mí, y deja que escoja.

PROMETEO. Te lo concedo, escoge. ¿De tus cuitas el fin he de decirte, o qué persona a ser mi salvador está llamada?

CORIFEO. Dígnate a conceder a esta una gracia (por Ío) y la otra a mí. Mis súplicas atiende: cuenta a Ío el resto de sus penas. Y a mí tu salvador: esto deseo.

PROMETEO. Pues que tanto insistís, no he de negarme a informaros en torno a estos deseos, y a ti, primero, Ío, voy a contarte tu agitada carrera. Toma notas y en las

fieles tablillas de tu mente consérvalas: cuando ya hayas cruzado la corriente que sirve de frontera entre dos continentes... al levante encendido y que el sol huella

.....

y el estruendoso ponto atravesando hasta alcanzar los llanos de Cistene gorgóneos, donde viven las Fórcides, tres antiguas doncellas, con figura de cisne, y que en común tienen un ojo solo y un diente solo, y a quien nunca mira el sol con sus rayos, ni la luna nocturna. Junto a ellas tres hermanas aladas se hallan, las Gorgonas, cuyas cabelleras son nidos de serpientes, horror de los mortales. Si las mira alguien, no puede conservar la vida. Cuidado, pues, te digo, ante ese riesgo. Y ahora escucha otra terrible escena: guárdate de los Grifos, esos perros que no ladran, de Zeus, de fuertes dientes y del pueblo arimaspo, gente que tiene un solo ojo y a caballo monta, y viven de Plutón cabe las aguas, la corriente que tiene arena de oro. No te acerques a ellos. Y una tierra lejana alcanzarás, pueblo de negros, y que vive del sol junto a las fuentes, do se halla el río Etíope. Tú sigue por sus riberas hasta que, al fin, llegues junto a la catarata, en donde el Nilo desde el monte de Biblos vierte su agua salutífera y sacra. Él va a guiarte hasta el país triangular, Nilotis, donde a ti y a tus nietos, el destino os reserva fundar una lejana colonia, Ío. Y de eso que te cuento, si hallas un punto oscuro o incomprensible, pregúntame, y entérate sin dudas. Tengo más tiempo del que yo quisiera.

CORIFEEO. Si tienes que contarle algún detalle nuevo, o bien, omitido, de su loca carrera, dilo. Si está dicho todo, otórgame el favor que te pedimos. Lo recuerdas, ¿no es cierto?

PROMETEO. Ya ha escuchado esta el final de su carrera. Y para que sepa que no es vana profecía le diré las desgracias que sufriera antes de aquí llegar, como una prueba de mi relato, aunque voy a saltarme la parte principal de mis palabras, y diré solo el fin de su aventura: Tan pronto a la llanura de Molosia y al empinado lomo de Dodona llegaste, do se encuentra el santuario profético de Zeus, en la Tesprótide, y al prodigio increíble, a las encinas parlantes, que, en voz clara y sin enigmas, te han saludado como a la futura de Zeus esposa ilustre (¿no te halaga?), desde aquí, por el tábano azuzada, te lanzaste al camino de la costa, en dirección al gran golfo de Rea; de allí te devolvió al lugar de origen, en vagabundo curso, la tormenta. Debes saber que, en un tiempo futuro, este golfo marino ha de llamarse Jonio, en recuerdo de tu paso, para los hombres todos. Hete aquí la prueba de que mi mente puede ver más lejos de lo aparente. El resto os lo relato al mismo tiempo a esta y a vosotras, volviendo al punto do dejé mi historia Al otro extremo del país se encuentra la ciudad de Canobo, en los alfaques y en la boca del Nilo. Es allí donde Zeus la razón ha de tornarte, solo con el toque sereno de su mano, con un simple contacto. Y, en recuerdo por el modo en que Zeus le dio la vida, darás a luz a un hijo, al bruno Épafo, que habrá de cultivar toda la tierra que riega el ancho Nilo. Y la quinta generación, formada por cincuenta hijas, tras

él, aun sin quererlo, un día, a Argos regresará, una consanguínea boda evitando con sus primos. Y ellos, el alma enfebrecida, cual halcones de unas palomas a no gran distancia, vendrán también para dar caza a unas que les están vedadas. Mas sus cuerpos un dios les negará, y ha de acogerlas la tierra de Pelasgo, después que les diera muerte un Ares femenino con audacia que vela en la tiniebla. Pues cada novia ha de dar muerte a un novio una espada tiñendo, en cada muerte, de doble filo. ¡Qué así caiga Cipris sobre mis enemigos! Solo a una el hambre de hijos habrá de inducirla a no quitar la vida a su marido: claudicará su espíritu, eligiendo de dos alternativas, una sola: que la llamen cobarde, y no asesina. En Argos esta parirá un retoño llamado a ser un rey.

(Pausa).

Mas fuera largo explicar claramente estos detalles, pero de esta simiente vendrá al mundo un día un héroe audaz, de arco famoso, llamado a liberarme de mis penas. Tal profecía revelome un día Temis, mi madre, la Titania antigua. Los medios y la forma, eso, contarlos, exigiría largo tiempo, y nada irías tú a ganar con conocerlo.

ÍO. (Que se siente, de pronto, convulsionada). ¡Eleleu, Eleleu! Ya de nuevo un espasmo y un delirio perturban mi cerebro y el agujijón de un tábano no templado en el fuego me perfora. De horror mi corazón golpea el pecho, los ojos me dan vueltas. De mi ruta me aparta desafortunado soplo de locura; no domino mi lengua y túrbidas palabras rebotan al azar contra las olas de odiosa desgracia.

CORO.

ESTROFA Un sabio, sí, era un sabio el que por vez primera concibiera en su mente y con su lengua formuló este principio: «Boda con un igual es lo mejor, con mucho». Cuando se es menestral, no se pretendan enlaces con aquellos que viven en el lujo regalados o que se muestran por su cuna altivos.

ANTÍSTROFA Oh, que nunca en mi vida ¡oh Moiras!..., me veáis compartiendo de Zeus el lecho en calidad de amante. No me una yo jamás a un dios del Cielo. Pues me horroriza contemplar de Ío la casta doncellez arruinada por la loca carrera de fatigas que Hera le impuso.

EPODO El compartir con un igual el yugo no me causa pavor [no tengo miedo]. Mas que nunca hacia mí sus ojos vuelva, con su mirada inevitable, nunca, el amor de los dioses prepotentes. Que es lucha que no es lucha y esperanza vacía de esperanzas. Lo que fuera de mí, no sé decirlo. No puedo concebir cómo podría de Zeus al pensamiento sustraerme.

PROMETEO. Pues, en verdad, que Zeus, por más astuto que sea, ha de tornarse muy humilde, vista la boda a que aspirará un día, boda que ha de expulsarle de su

trono y de su imperio, aniquilado. Entonces se cumplirá la maldición que Crono contra él lanzó al perder su antiguo reino. Un modo de evitar tales desgracias ningún dios, solo yo, puede ofrecerle. Pues yo lo sé, y el medio. Por lo tanto, permanezca tranquilo y confiado en sus truenos aéreos, mientras blande el ígneo dardo entre sus manos. Nada podrá evitar que caiga en la ignominia con caída insufrible. Un adversario tal se está preparando por sí mismo invencible prodigio, que una llama inventará que el rayo más potente y una explosión que ha de vencer al trueno, y que ha de hacer añicos el tridente lanza de Posidón, marino azote que sacude la tierra. Y cuando choque contra este escollo aprenderá, sin duda, cuán distinto es mandar de ser esclavo.

CORIFEO. Auguras contra Zeus tu propio anhelo.

PROMETEO. Digo lo que ha de ser, y lo que quiero.

CORIFEO. ¿Es posible que Zeus sea vencido?

PROMETEO. Grillos tendrá, más duros que los míos.

CORIFEO. ¿Y no te arredra hacer esta amenaza?

PROMETEO. ¿Qué ha de temer el que morir no puede?

CORIFEO. ¡Puede infligirte un daño aún más terrible!

PROMETEO. Que me lo inflija, pues. Todo lo espero.

CORIFEO. Sabio es quien a Adrastea se somete.

PROMETEO. Adora, ruega, adula al poderoso, que a mí me importa Zeus menos que nada. Que impere y mande en este breve tiempo a su antojo. Su imperio entre los dioses no ha de durar.

(Aparece a lo lejos HERMES).

Mas hete a su correo, el ministro de Zeus, nuevo tirano. A anunciarme ha venido alguna nueva.

HERMES. ¡Eh, tú, sofista, duro entre los duros, que contra las deidades has pecado entregando al mortal sus privilegios! A ti, ladrón del fuego, me dirijo: tu padre ordena que le digas cuáles han de ser esas bodas que amenazan con destronarle. Y no hables con enigmas, cuenta punto por punto los detalles. No me obligues a hacer doble camino, Prometeo. Ya ves que tu talante de Zeus las iras doblegar no logra.

PROMETEO. Solemne y lleno de arrogancia, como de servidor de un dios, es tu lenguaje. Jóvenes sois, y es joven vuestro imperio. ¿Creéis vivir en torre inaccesible a la desgracia? ¿Acaso yo no he visto derrocados de allí ya a dos monarcas? Y el tercero, el que hoy ostenta el cetro, he de verle caer muy pronto, envuelto en la ignominia. ¿Tengo yo el aspecto acaso de temblar y de humillarme ante los nuevos dioses? ¡Ni por pienso! Y ahora puedes desandar tu ruta, que nada has de saber de cuanto inquietas.

HERMES. Tú mismo con bravatas semejantes viniste a fondear en tus desgracias.

PROMETEO. Debes saber que yo no cambiaría por tu papel de esclavo mi destino.

HERMES. (Con ironía). ¡Claro! Es mejor servir en este risco que ser fiel mensajero de Zeus Padre.

PROMETEO. Hay que insultar a aquel que nos insulta.

HERMES. Parece que presumes de tu estado.

PROMETEO. ¿Presumir? ¡Si viera a mis contrarios presumir de esta forma, y tú entre ellos...!

HERMES. ¿También me haces culpable de tus penas?

PROMETEO. Odio, sencillamente, cuantos dioses inicualemente mis servicios pagan.

HERMES. Entiendo que padeces gran demencia.

PROMETEO. Sí, si es demencia el odio al enemigo.

HERMES. Victorioso, serías insufrible.

PROMETEO. ¡Ay, ay de mí!

HERMES. Pues esta es expresión que Zeus ignora.

PROMETEO. Todo lo enseña el tiempo envejeciendo.

HERMES. Tú aún no has aprendido a ser sensato.

PROMETEO. Cierto, pues no hablaría a un mayordomo.

HERMES. ¿Nada dirás de lo que quiere el Padre?

PROMETEO. (Irónico). ¡Claro!, que he de pagarle sus favores.

HERMES. De mí te burlas cual si fuera un niño.

PROMETEO. ¿Es que no eres un niño, y aún más que eso si esperas recibir una respuesta? No existe ultraje ni tormento alguno con que a cantar el Padre Zeus me obligue, si antes no me libera de estos grillos. Así que lance contra mí la llama que ennegrece, y de nieve bajo un manto, con truenos subterráneos, que confunda el universo todo y lo trastorne: nada va a doblegarme a que le diga por quién será arrojado de su trono.

HERMES. Mira si es esto para ti una ayuda.

PROMETEO. Visto para sentencia está hace tiempo.

HERMES. Decídete, decídete, insensato, a razonar ante tu mal presente.

PROMETEO. En vano me importunas, cual si dieras consejos a las olas. No, que nunca se te ocurra pensar que yo, por miedo al decreto de Zeus, pueda portarme como si de hembra corazón tuviera, y a suplicar a un ser tan odiado que me libere de estos grillos, con mis palmas levantadas, como haría una mujer. ¡Estoy muy lejos de ello!

HERMES. Por mucho que hable voy a hablar, yo creo, en vano; observo que no te conmueves ante mis peticiones, ni te ablandas. Mordiendo el freno cual recién domado potro, con fuerza con las riendas luchas. Mas con débil ardid muestras tu saña. Para quien no razona, por sí misma, puede la obstinación menos que nada.

Porque, si a mis razones no te pliegas, mira qué tempestad, qué triple embate de mal te viene encima, inevitable: antes que nada, esa escarpada cumbre, con el trueno y llama de su rayo, Padre la hará pedazos, y tu cuerpo, acunado en los brazos de una roca tan solo, hará que se sumerja. Luego, pasado ya de tiempo largo trecho, volverás a la luz. Y el perro alado de Zeus, entonces, águila sangrienta, reducirá tu cuerpo, impetuosa, a enorme harapo, huésped no invitado, que te irá devorando todo el día, y con tu negro hígado un banquete celebrará. Pero, de este suplicio, no esperes nunca el fin, hasta que llegue un dios que quiera ser el heredero de tu pena, y bajar al negro Hades y a las simas sin luz que hay en el Tártaro. Piensa, pues, que no son vanas bravatas, sino palabras dichas con gran tiento. Pues los labios de Zeus no hablan en vano: Él cumple, en todo caso, su palabra. Así que mira en torno y reflexiona. No creas que es mejor que el buen consejo la terca obstinación.

CORIFEO. No es importuno, así lo creo yo, lo que te ha dicho Hermes: lo que te pide es que abandones tu conducta obstinada y que procures hallar el buen consejo. Presta oídos. Errar es para el sabio vergonzoso.

PROMETEO. Lo que esta ha pregonado ya lo sabía yo; y no es nunca infamante que enemigo maltrate a su enemigo. Lance, pues, contra mí, los bucles bifurcados del fuego, y que se excite el aire por el trueno y la furia de unos vientos salvajes. Que el huracán conmueva la tierra y sus cimientos; que las olas marinas, con áspero ronquido, confundan de los astros celestes los caminos. Que levante mi cuerpo y al tenebroso Tártaro lo precipite, envuelto por cruel torbellino de la Necesidad: porque, haga lo que haga, no podrá aniquilarme.

HERMES. Las frases que pronuncias son las que oír solemos de labios de un demente. ¿En qué se diferencian de un delirio sus votos? ¿En qué cede su furia? Mas vosotras, las que compadecéis sus males, abandonad al punto este lugar, no os vaya a trastornar la mente el mugido del trueno al que nada entenece.

CORO. Pronuncia otra palabra, exhórtame a otra cosa que pueda convencerme. La frase que arrancaste en tu discurso no es para mí tolerable. ¿Por qué quieres instarme a obrar con villanía? Quiero con él sufrir lo que sufrir él deba. Al traidor he aprendido a aborrecer; no hay mal que más odie yo.

HERMES. Muy bien, lo que os anuncio recordad, y a la suerte no dirijáis reproche cuando Ate caza os dé. Y no digáis jamás que Zeus os ha arrojado a un dolor imprevisto: será por vuestra culpa. Con plena conciencia y no en forma imprevista, ni por medio de engaños vais a veros cogidas por la locura vuestra en las redes de Ate que no admiten escape.

PROMETEO. Ahora ya es de veras, y no es vana palabra: la tierra se conmueve; el eco lo acompaña con un profundo estruendo. Ya brilla el encendido zigzag de los relámpagos. Los torbellinos mueven en espiral el polvo, los soplos de los vientos se atacan mutuamente formando una batalla de hostiles vendavales. Cielo y mar se

confunden. Tal torbellino avanza enviado por Zeus, contra mí, claramente, intentando abrumarme. Majestad de mi Madre, Éter que hace girar la luz común a todos: ¿ves qué injusticia sufro?

(En medio de un fragor horroroso de rayos y truenos se hunden las rocas y PROMETEO y el CORO son sepultados bajo ellas).

